

## CONTEMPLANDO A LA THEOTOKOS CON LA AYUDA DE LOS PADRES

Una de las muchas frases venerables y perdurables del rico magisterio del Papa Pablo VI, fue aquella en la cual dijo que "la vuelta a los Padres de la Iglesia forma parte de ese remontarse a los orígenes del cristianismo, sin el cual no sería posible realizar la renovación bíblica, la reforma litúrgica y la nueva investigación teológica emprendida por el Concilio Euménico Vaticano II"<sup>1</sup>. Venerable y perdurable invitación del magisterio supremo a volver a las fuentes, a dirigir nuestra atención a aquellos hombres de los que el Espíritu se valió para iluminar la fe de las primeras generaciones cristianas, y manifestar de manera inequívoca los datos de la revelación que aún no habían sido explícitamente expresados, y que comenzaron a formar parte de lo que hoy llamamos tradición de la Iglesia. Esta invitación me ha sugerido el enfoque del presente artículo.

Por iniciativa del Papa Juan Pablo II, la Iglesia entera ha celebrado recientemente un año mariano universal, que ha querido ser un llamado a los cristianos a mirar a María para seguir descubriéndola, para darse cuenta una vez más de que "no hay camino más seguro y expedito que María para llegar a Cristo y unirse a El y obtener por su medio la perfecta adopción de hijos, de manera que seamos santos e inmaculados a los ojos de Dios"<sup>2</sup>. Programa de vida que ojalá el jubileo haya hecho nacer en nosotros, pero que es preciso continuar y cultivar, haciendo florecer las muchas gracias recibidas. Estas líneas quisieran ser respuesta a ambas invitaciones, y ayudar a contemplar a María, Madre de Dios, guiados por la palabra y la vivencia de algunos de nuestros hermanos que "nos precedieron con el signo de la fe"<sup>3</sup> y ahora brillan como antorchas iluminando los pasos de nuestra Iglesia peregrina.

Aunque, como era natural, los ojos de los primeros cristianos estaban fijos en Jesús, iniciador y consumidor de la fe por la que aceptaban dejarlo todo y arriesgar hasta la propia vida, ojos fijos también en su obra de salvación, no por

1 Tomado de: *El Misterio de Navidad*. Traducción y selección de las Monjas Benedictinas de la Abadía Santa Escolástica, Editora Patria Grande, Buenos Aires, 1977.

2 S. PIO X, Carta Encíclica *Ad Diem Illum*, 6 (2 de febrero de 1904).

3 Plegaria Eucarística I.

eso descuidaron mirar con atenta contemplación a la persona de su Madre. Pienso, que sin duda, la presencia de María, física al principio y espiritual después, y no por eso menos real, iluminó a las primeras generaciones cristianas sobre la persona y la obra de Jesús, mediante su vida, sus palabras, su oración... Podemos aprender mucho de los primeros cristianos...

En este "mirar" mariano de la primera época la atención descansaba, si ante tal realidad era posible descansar, en un hecho que la Iglesia ya había recibido de la predicación apostólica: la conjunción de dos realidades antinómicas en una misma persona. María era a la vez Madre y Virgen, hecho que, aunque pertenecía a la herencia cristiana, sólo era asumible desde la fe en el Dios para el cual nada es imposible, y que con su intervención sobrenatural hacía posible la coexistencia en una misma creatura de dos realidades excluyentes: maternidad y virginidad.

Intentar mirar a María desde la misma posición integral con que las primeras generaciones cristianas la contemplaban, implicaría mirarla desde esta doble perspectiva: mirarla como Madre y como Virgen, intentar abarcarla en una misma mirada como Madre-Virgen, pero en esta ocasión he optado por acentuar preferentemente el aspecto materno sin negar el virginal (al contrario, dándolo por supuesto), como si se pudiera seccionar en dos una realidad conjunta que se implica mutuamente en este caso excepcional.

Con todo, me es imposible no ser consciente de lo que ya entre los siglos IV y V comprendió Anfiloquio, amigo íntimo de los Padres Capadocios, nombrado obispo de Iconio por el mismo Basilio Magno, cuando escribía una homilía comentando a Isaías 9, el pasaje de la epifanía del "niño que nos ha nacido": y es la realidad de la indigencia humana ante el misterio mariano, el hecho de que "la palabra no puede expresar lo que la razón no alcanza a comprender", pues "por más que se esfuerce el hombre en expresarse con todas sus galas, le es absolutamente imposible explicar lo que fue su maternidad"<sup>4</sup>... Y sin embargo, vale la pena acercarse al misterio de la *Theotokos*, porque ella es síntesis o compendio de toda la cristología, pues "en la afirmación de la maternidad divina de la Bienaventurada Virgen", según expresión de su gran defensor, Cirilo de Alejandría, "se encuentra una profesión de fe correcta, suficiente e irrefutable"<sup>5</sup>. La Madre es norma de discernimiento respecto del Hijo, la plena confesión de la maternidad divina sirve para discernir si se acepta o no el misterio de Cristo Dios y hombre... norma que aún hoy no ha perdido su vigencia... y hasta tal punto es así, que el poético Gregorio de Nacianzo, cincuenta años antes de que Cirilo expresara su fórmula lapidaria, ya le había escrito a un sacerdote de Corinto, Cleodonio: "Si alguno no cree que Santa María es la Madre de Dios (*Theotokos*), está fuera de la divinidad..."<sup>6</sup>... y esto sucedía varios años antes del Concilio de Efezo.

4 ANFILOQUÍO DE ICONIO, *Homilía sobre Isaías 9*, 6-7.

5 CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Homilía 15 "De Incarnationi Verbi"*.

6 GREGORIO DE NACIANZO, *Carta 101*, 1. al sacerdote Cleodonio.

Considero que al querer transmitir algo sobre la maternidad divina, se impone decir una palabra sobre dos aspectos que me parecen importantes: el por qué hablar de ella (razón para que sea motivo de un artículo) y qué lugar ocupa en la totalidad del misterio de María. Valga esto como trasfondo teológico del tema abordado.

Un hecho histórico, más que histórico, diría meta-histórico porque es escatológico, ocurrido en un tiempo determinable y determinado *al llegar la plenitud de los tiempos* (Ga 4,4), creo que es razón suficiente para justificar y obligar a contemplar este misterio mariano: miramos a María Madre no porque en ella se dio simplemente el hecho de la maternidad virginal del Hijo de Dios, lo cual es ya decir bastante, sino porque este hecho es todo un suceso salvador, con hondas repercusiones para el hombre, pues ha transformado, por sí mismo, la situación total del mundo ante Dios. En la carne del Hijo de María, el Verbo eterno de Dios *nacido de mujer* (*ibid.*), el Padre ha aceptado irrevocablemente al mundo, porque su Verbo, al encarnarse (al "humanarse", solían decir los Padres), se ha hecho solidario del destino del mundo, lo cual nos da pie para decir que la encarnación de Jesús en el seno inmaculado de María es un hecho escatológico. Somos salvados, el mundo es salvado, gracias a lo que sucedió en y mediante María. Salvación que ya no es posible anular ni superar; salvación que primero se realizó en María, en su cuerpo y por su misma fe, modélica para todos los creyentes, pues por querer divino nuestra salvación depende de que Cristo haya nacido de una mujer y bajo la ley; maravilla ocurrida en lo que san Pablo llamó *plenitud de los tiempos*, precisa y concretamente de María. María con su *hágase* (Lc 1,38), proferido desde su fe tan plena que le valió una bienaventuranza eterna, le dio al Verbo de Dios espacio y carne, por lo que su maternidad divina no es sólo un hecho físico, sino un supremo acto de fe, que Isabel no calló, sino que dejó plasmado en la primera bienaventuranza que nos refiere el Evangelio (*cf. Lc 1,45*). La Iglesia siempre creyó que en María se realizó la redención de la forma más perfecta y radical, y que fue realidad en el mundo, en ella y por ella, pues María cooperó en la salvación, no sólo en la suya propia, sino en la de todos, al hacer lo que todo hombre puede y debe hacer, impulsado y acompañado por la gracia: recibirla: El mismo Juan Pablo II sintetiza admirablemente lo que he intentado expresar: "La Virgen Santísima, bajo la sombra del poder de la Trinidad, ha sido la creatura más estrechamente asociada a la obra de la salvación. La encarnación del Verbo tuvo lugar bajo su corazón por obra del Espíritu Santo. En ella comenzó a clarear la aurora de la nueva humanidad que con Cristo hacía su presentación en el mundo para dar cumplimiento al plan original de la alianza con Dios, quebrantada por la desobediencia del primer hombre"<sup>7</sup>.

Todo aquel que conozca un poco la problemática mariológica de los años inmediatamente previos al Concilio Vaticano II, se dará cuenta de que no es

7 JUAN PABLO II, *Carta a los Obispos con ocasión del 1600 aniversario del Concilio I de Constantinopla y del 1500 aniversario del Concilio de Efeso*, 3 (25 de marzo de 1981).

ocioso el preguntarse acerca del lugar que la maternidad divina ocupa dentro del misterio de María. Sin desdeñar en nada los valiosos aportes de la visión ecle-siológica a la mariología, pienso que la *Theotokos* es el tema central de todo el misterio mariano, a partir y alrededor del cual se organizan, iluminan y justifican todas sus demás verdades, incluso realidades como la función modelica de María para la Iglesia y "lo femenino", postulado últimamente. Porque fue destinada desde siempre por el Padre para ser Madre de su Hijo, María fue preservada del pecado; fue siempre virgen consagrada con toda plenitud a la obra y persona de Jesús; definitivamente glorificada en su cuerpo, el cual había sido santuario de la divinidad; asociada a la obra de su Hijo, pues por su sí entró en el misterio redentor; canal universal de la gracia y del Espíritu, etc. ... Ya Pío XII en la década del cincuenta había dicho que "de la misión sublime de Madre de Dios parecen derivar, como de una fuente oculta y purísima, todos los privilegios y todas las gracias que adornan su alma y su vida de manera excelente"<sup>8</sup>, y el mismo Pablo VI, testigo de todos los conflictos y tensiones del Vaticano II para llegar a gestar el capítulo VIII de la *Lumen Gentium*, con ánimo de clarificar un posible camino de encuentro entre las dos tendencias mariológicas tan marcadas y excluyentes, se atrevió a decir que "la divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la redención operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia"<sup>9</sup>.

Dejando ahora nuestro siglo y retrayéndonos al s. II, al comienzo de la era post-apostólica, tratemos de seguir a grandes rasgos la explicitación de la verdad de la *Theotokos* por los primeros Padres. Para comprender el sentido de sus palabras y gustar de su fuerza, es preciso situar a los Padres en su aquí y ahora; también para ellos vale aquello de: "Yo soy yo y mi circunstancia". Esa herencia, patrimonio de la Iglesia: creer que María es Madre y Virgen, en su evolución histórica está íntimamente ligada a los problemas cristológicos de los primeros siglos. Tanto los que negaban la divinidad de Jesús, como los que no aceptaban que fuera verdadero hombre, como los que negaban la unión hipostática entre ambas naturalezas, se veían forzados a negar también la maternidad divina de María. Y ante esto, los Padres, muchos de ellos obispos, defensores del depósito de la fe de su pueblo, acuciados por el deseo y deber de mantener la fe libre de errores, fueron iluminando en un mismo impulso la persona de Jesús y de María.

Una manera de acercarnos al pensamiento de los primeros Padres, es mirar a aquellos a los que ellos se vieron obligados a combatir. El s. I y sobre todo el s. II, fueron testigos de la lucha entre las corrientes heterodoxas y la ortodoxa de los Padres. Ya san Juan pone alerta a sus oyentes contra los docetas, aquellos que *no confiesan a Jesús venido en carne* (1Jn 4,2). El mundo judío también fue prolífico en sectas heréticas que al recortar la verdad de Jesús (dos naturalezas, humana y divina en la unidad de una única persona, y ésta divina), también aten-

8 PIO XII, Carta Encíclica *Fulgens Corona*, 9 (8 de septiembre de 1953).

9 PABLO-VI, *AAS*, 56, 1015 (1964).

taban contra la realidad de su Madre. El catálogo es variado: ebionitas (probablemente esenios), para los cuales Jesús es hijo de María y José; elkesaitas (o mandeístas), que aunque aceptan el nacimiento virginal, dicen que el Verbo ya se había encarnado varias veces y seguiría haciéndolo; el famoso Cerinto, zelota de militancia, que pensaba que Jesús era un hombre como los demás, y Carpócrates, que no sólo negó la maternidad virginal, sino también la divinidad de Jesús.

Más fecundo que el mundo judío en ideas extravagantes fue el movimiento gnóstico, que hunde sus raíces ya en el s.I antes de Jesucristo. En el tema que nos ocupa, se reduce a un meró docetismo. De acuerdo con su sistema dualista, fuente de pesimismo respecto de todo lo relacionado con la carne y la materia, ningún dios bueno o salvador de la humanidad podía encarnarse en la sustancia humana de una mujer; conclusión: Jesús no tuvo un cuerpo real y material como nosotros. Para Saturnil, Jesús se presentó con apariencia de hombre, y María es Madre de la misma manera; para Valentín y su secta el cuerpo de Jesús es espiritual y "pasó por María como el agua por un tubo o un canal"<sup>10</sup>; y Marción, el "primogénito de Satán" como lo llamó san Policarpo<sup>11</sup>, opinaba que Jesús ni siquiera nació, sino que apareció adulto en el momento de predicar; consecuencia: si no hubo nacimiento, no hubo concepción, tampoco Madre.

Ante este "dossier" de doctrinas extrañas se encontraron los primeros Padres, quienes al salir en defensa de la encarnación, iluminaron la maternidad divina de María, por la que ella entró en la historia de la salvación ocupando un puesto singular.

San Ignacio de Antioquía, el hombre de fuego cuyo único deseo era "compartir la pasión de su Dios"<sup>12</sup>, frente a los docetas llama a Jesús Hijo de Dios e Hijo de María, "médico carnal y espiritual, creado e increado, encarnado...: nacido de María y de Dios, primero pasible y luego impasible"<sup>13</sup>... "llevado por María en su seno según la disposición de Dios... por obra del Espíritu Santo"<sup>14</sup>. Ignacio, que rumbo al martirio y ante la ridiculez doceta con vehemencia preguntó: "Si solo en apariencia sufrió, ¿para qué llevo yo estas cadenas?"<sup>15</sup>, ya daba a sus oyentes este consejo: "Tápanse los oídos cuando alguien les hable fuera de Jesucristo... que procede de María, el cual verdaderamente nació, comió y bebió..."<sup>16</sup>.

Justino, el apologeta filósofo más importante del s.II, que se inmortalizó con sus "semina Verbi", preocupado sobre todo por demostrar la realidad divina de Jesús, enfoque comprensible debido a sus destinatarios paganos y judíos,

10 IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* I, 7,2.

11 *Martirio de S. Policarpo de Esmirna*, Epílogo, 3; IRENEO DE LYON: *Adversus Haereses* III, 3,4.

12 IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Carta a los Romanos* 7,3.

13 *Ibid.* *Carta a los Efesios* 7,2.

14 *Ibid.* *Carta a los Efesios* 18,2.

15 *Ibid.* *Carta a los Tralianos* 10.

16 *Ibid.* *Carta a los Tralianos* 9,1.

afirmó la maternidad de María, agregando: “de la Virgen”<sup>17</sup> (fue él quien acuñó la expresión), de quien Cristo procede naciendo niño pequeño: Expresamente dice que “el Hijo de Dios, que es también Dios, quiso (el Padre) que naciera Hombre de la Virgen”<sup>18</sup>.

Y con san Ireneo, el primer teólogo de María, arribamos al s.III; cuando éste nació, Ireneo moría. En su vida fue impugnador famosísimo de las herejías circundantes, principalmente de los discípulos de Marción y Valentín, ambos grupos docetas, declarados unos, disimulados otros. Ireneo pasó a la historia con su famosa “recapitulación” en su visión del plan de salvación, que aquí sería largo explicar, pero en el cual la realidad humana de Cristo era una exigencia, lo cual implicaba que María fuera verdadera Madre del Verbo. A los herejes los acusaba de “dividir al Señor”, y sin contemplaciones proclamaba a los cuatro vientos que “si no nació, tampoco murió ni nos redimió; y si no procedía de María teniendo de ella la naturaleza humana por verdadera generación, el resultado es el mismo: no era de nuestra naturaleza ni nos afectan en nada los beneficios de su Pasión y de su Muerte”<sup>19</sup>. La “recapitulación” se hizo realidad porque el Verbo se humanó en María y ésta es verdadera Madre del Verbo encarnado: “Todo nos hace reconocer aquella carne tomada de la tierra, que El ha recapitulado en sí para salvar su propia obra”<sup>20</sup>.

Podríamos citar aquí, antes de abandonar la tercera centuria, el testimonio del tajante Tertuliano, de Hipólito el exigente, e incluso algo de la literatura poética y apócrifa de la época sobre la maternidad divina de María, pero prefiero dejarlos para adentrarme en otra realidad que conmocionó el mundo cristiano de fines del s.III y comienzos del IV: la aparición de la velozmente extendida herejía arriana, corona de las herejías trinitarias que tuvieron su repercusión en la persona de Jesús y de María.

Arrio, sacerdote alejandrino, no tuvo mejor intención que constituirse en “defensor” del Padre, y al afirmarlo único y sin principio, disminuyó a su Hijo, diciendo que no era eterno ni increado, perfecto sí, pero adoptado. Resultado: el Hijo no era Dios como el Padre, y tampoco verdadero Hombre. Entonces, ¿qué propagaba?... que el Verbo en Jesús cumplió solamente las funciones del alma humana. Lo peligroso de la doctrina arriana, además del error cristológico implicado, fue la rápida y extendida expansión que cobró, porque penetró en el pueblo sencillo por medio de canciones: trozos enteros de la *Thalia* o *El Banquete de Arrio* se cantaban con popularidad en toda feria y mercado... La concepción trinitaria y cristológica de la teoría arriana no dejaba a salvo la persona de María, pues suprimió desde el comienzo el principio fundamental en el que descansa la maternidad divina. Los arrianos usaron el término *Theotokos* por diplomacia, pero lo vaciaron de su genuino contenido. Frente

17 JUSTINO, *Diálogo con Trifón* 84,2; 63,3; 66,4; *Apología II*, 6,5; *Apología I*, 32,13.

18 *Ibid.*; *Diálogo con Trifón* 127,4.

19 IRENEO DE LYON, *Adversus Haëreses* III, 22,1.

20 *Ibid.*, *Adversus Haëreses* III, 22,2.

a todo esto, el primer Padre que levantó la voz fue el obispo de Alejandría, Alejandro, quien escribiendo a su homónimo de Constantinopla decía: "Nuestro Señor Jesucristo realmente, y no sólo en apariencia, tomó cuerpo de María, la Madre de Dios"<sup>21</sup>.

Para sofocar la herejía arriana, Constantino convocó el Concilio de Nicea (estamos por el año 325; ¡en esas épocas se daban cosas tan llamativas como que el emperador convocara concilios ecuménicos!), y en él, como secretario de Alejandro de Alejandría actuó Atanasio; diácono a la sazón, quien se convertiría en el gran defensor de la fe de Nicea y enemigo terrible de los arrianos. A Atanasio, llamado "columna de la Iglesia" y "Padre de la Ortodoxia", tal defensa le iba a costar sudor y sangre, destilados a través de su larga vida en cinco destierros, prolongados algunos, uno de ellos pasado entre los monjes de Egipto. Atanasio afirmaba que Jesús "nacío de María según las Escrituras" y que su cuerpo era "verdadero e igual al nuestro", por lo que María es hermana nuestra"<sup>22</sup>. Y al escribir a Epicteto de Corinto una larga carta donde le mostraba su indignación, ya no pudo contener su vehemencia y preguntó: "¿Qué infierno ha vomitado la afirmación de que el cuerpo nacido de María es consustancial a la divinidad del Verbo?... ¿Quién oyó jamás en la Iglesia y de boca de ningún cristiano que el Señor llevara un cuerpo sólo en apariencia y no en realidad?... ¿Y cómo es posible que hombres que se llaman cristianos se atrevan aún a dudar de que el Señor, que procedió de María, siendo Hijo de Dios por esencia y naturaleza, sea de la semilla de David según la carne y de la carne de Santa María?"<sup>23</sup>. Por supuesto, la cruz de Atanasio se hizo más pesada desde que dejó el plácido diaconado y recibió la carga de la diócesis de Alejandría a la muerte de Alejandro. Obispo ya de la segunda ciudad del Imperio y acrisolado por los continuos destierros, no dejó hasta su muerte de defender la fe que profesaba.

Sobre la fe cristológica de Nicea (el Hijo consustancial al Padre) se movieron los Padres subsiguientes como Gregorio de Nacianzo, que mucho antes del Concilio de Efeso hizo de la *Theotokos* el centro de su doctrina acerca de Cristo y la salvación. Gregorio de Nisá, hermano de Basilio el Grande, quizá el mejor teólogo de los Capadocios, en contra de los apolinaristas, que buscaban conciliar a católicos y arrianos dándole una parte de razón a cada uno, y así mutilaban la humanidad de Jesús y diluían la maternidad de María, afirmó que "el Hijo de Dios se formó en la carne de María"<sup>24</sup>, por lo que ella es la *Theotokos* y no *anthropotokos* (madre del hombre), como la llamaban algunos<sup>25</sup>.

Y así fueron pasando los años posteriores a Nicea. En ellos Cirilo de Jerusalén en sus famosas Catequesis llamaba a María *Theotokos*: "El Creador de la humanidad no desdeñó tomar su carne de la Virgen María... y la Virgen llega a ser

21 ALEJANDRO DE ALEJANDRIA, *Carta 1*, 12, a Alejandro de Constantinopla.

22 ATANASIO DE ALEJANDRIA, *Carta 2*, 8, a Epicteto de Corinto.

23 *Ibid.*, *Carta 1*, a Epicteto de Corinto.

24 GREGORIO DE NISA, *Contra los Apolinaristas a Teófilo, obispo de Alejandría*.

25 *Ibid.*, cf. *Carta a Eustacia, Ambrosia y Basilia*.

Madre contra toda la naturaleza"<sup>26</sup>; Efrén, la "lira siria del Espíritu Santo", con mucho arte relacionaba la concepción de María con la muerte de Cristo en la cruz: si murió fue porque nació..., decía que "su nacimiento del Padre no se puede investigar sino que se ha de creer; y su nacimiento de una mujer no se puede vituperar, sino que se ha de ensalzar. En efecto, su muerte en la cruz, atestigüa su nacimiento de una mujer"<sup>27</sup>; Ambrosio, el gobernador de Milán, tomó pie en la Biblia para alabar la maternidad de María: "... no había concebido en iniquidad, sino que engendraba por la acción del Espíritu Santo; y no daba a luz en delito, sino en gracia"<sup>28</sup>... "la Virgen engendró la salvación del mundo. La Virgen dio a luz la vida de todos... En la Virgen Cristo encontró la carne que quería fuera suya"<sup>29</sup>; y Jerónimo, el ermitaño de Belén, puso todo su énfasis en afirmar especialmente el aspecto virginal de María<sup>30</sup>.

Agustín, el maestro de Hipona, aunque no escribió extensamente sobre María, lo hizo con rico vocabulario y hondura de pensamiento. Desempolvó el tema Eva-María nacido en el s.II (Justino y siguientes): "María nos favoreció devolviéndonos la vida. Aquella (Eva) nos hirió, ésta nos sanó... Así pues, el prodigio de una maternidad completamente nueva ha remediado una falta que nos había perdido, y el canto de María ha puesto fin a los lamentos de Eva"<sup>31</sup>, y es de él el texto que dice: "Yacía en el pesebre el que sostiene al mundo y la Palabra no podía hablar. El seno de una mujer llevaba a Aquel a quien los cielos no pueden contener. Ella regía a nuestro Rey, llevaba a Aquel en quien estamos contenidos, alimentaba a nuestro Pan"<sup>32</sup>. Así el gran Padre de Occidente expresaba la paradoja viviente que es María.

Tampoco faltan testimonios del desierto monástico. Se conserva una carta de Pacomio, padre del cenobitismo, donde anima a un monje mal dispuesto hacia otro, y entre otras cosas le dice: "Te exhorto vivamente a despreciar la vanagloria... En cuanto a Eva, nadie le había escrito, antes de ser tentada por el Diablo, para prevenirla contra esta guerra; por este motivo el Verbo de Dios vino y tomó carne de la Virgen María, de tal modo que libró a la raza de Eva"<sup>33</sup>.

Sin embargo, aún faltaba la intervención oficial de la Iglesia que consagrara a María como Madre de Dios. Y como antes, una nueva controversia cristológica dio motivo y ocasión para ello. Proclo, obispo de Cícico y después de Constantinopla, y Cirilo de Alejandría, nos llevan de la mano al encuentro con Nestorio, monje antioqueno hecho en el 428 obispo de Constantinopla, que levantó tanto polvo que le cegó los ojos, y terminó sus días en el desierto de Libia, creyendo que su causa había triunfado.

26 CIRILO DE JERUSALEN, *Catèquesis* 12, 22.23.32.

27 EFREN DE NISIBE, *Sermón sobre Nuestro Señor*, 2.

28 AMBROSIO DE MILÁN; *Comentario al Sal. 118*, 5,3.

29 *Ibid.*, *Carta* 63, 33.

30 JERÓNIMO, cf. *Homilía sobre San Juan* 1, 1; *Carta* 49, 21.

31 AGUSTIN DE HIPONA, *Sermón* 18.

32 *Ibid.*, *Sermón* 184, 3.

33 PACOMIO, *Exhortación a un monje disgustado con otro*.

La pluma bizantina de Proclo es digna de admiración, y en un sermón frente a Nestorio, su devoción se expresó en términos maravillosos: “¡Seno bendito, en el cual se escribió el programa de la libertad de los hombres!... ¡Entrañas benditas!... ¡Campo bendito!... Madre de Dios, María”<sup>34</sup>. Y a Nestorio, en su réplica, se le desató la lengua... Para suerte suya, Proclo no era polémico y sólo después lo sucedió en la sede constantinopolitana, pero en Alejandría sí había un peligro, y éste era el sobrino del famoso Teófilo, Cirilo, hombre discutido, polémico y apasionado, tanto que a su muerte alguien llegó a exclamar que se alegraron los vivos, ¡pero se afligieron los muertos!...

La doctrina de Nestorio era sencilla: “agrandó” a Jesús al decir que en él había dos naturalezas, y no una sino dos personas, las cuales se unían en una tercera que les hacía de puente. Sembrando estas premisas, concluyó que no es uno y el mismo el Hijo de Dios y el Hijo de María, y ésta no era Madre de Dios, sino Madre de Cristo ó Portadora del Verbo.

La historia apasionante y llena de curiosidades, dolorosas algunas, del Concilio de Efeso (431), los manejos de Cirilo y la colección de rencores, lo omito por brevedad, pero formó parte de ese mundo de los primeros siglos donde lo humano se mezclaba con lo divino, y sin embargo, el dedo de Dios se las arreglaba para escribir derecho en renglones torcidos y a pesar de las torpezas de los hombres.

Cirilo, amante del misterio del Verbo encarnado, empezó tranquilo y con ánimo persuasivo la lucha contra Nestorio: “No te sea penoso, te lo ruego; el otorgar a la Sagrada Virgen, uniéndote a los que tanto se escandalizaron de tu actitud, el calificativo de *Theotokos*, Madre de Dios. Así, después de haber aliviado la tristeza de tantos y haciendo honor a nuestro buen nombre y aprecio, podremos celebrar, en bien de la paz de los pueblos y la concordia de pensamiento, reuniones eclesíásticas”<sup>35</sup>, pero ante la pertinacia de éste se exasperó, hizo y deshizo, pero su causa triunfó. Efeso afirmó la dualidad de naturalezas en una única persona divina en Jesús, y con ello la maternidad divina de María se oficializaba ante los ojos de todos. De la extensísima pluma de Cirilo sobre el tema sólo traigo a colación unas palabras que se hicieron célebres: “No nació primero un hombre vulgar de la Virgen, al que descendió después el Verbo; sino que unido a la carne en el mismo seno se dice engendrado según la carne, estimando como propia la generación de su carne... Por esto los Santos Padres no dudaron en llamar a la Santa Virgen Madre de Dios, no como si la naturaleza del Verbo o la divinidad tomara principio de la Santa Virgen, sino en cuanto que nació de ella su cuerpo, informado con un alma racional, y a ese cuerpo se unió también personalmente el Verbo”<sup>36</sup>.

34 PROCLO DE CONSTANTINOPLA, *Sermón 1 contra Nestorio*.

35 CIRILO DE ALEJANDRIA, *Carta 2 a Nestorio*.

36 *Ibid.*, *Carta 4 a Nestorio*.

Este viaje por los cinco primeros siglos del cristianismo siguiendo como hilo conductor la maternidad divina de María en los Padres de la Iglesia, es incompleto y parcial (muchos testimonios valiosos quedaron en la sombra), pero podrá servir como ojeada que ojalá invite a algunos a detenerse más en este camino. Con Cirilo de Alejandría digo que "si no temiera ser cargoso, nada me costaría llenar volúmenes con citas de los Padres, dada la frecuencia con que otorgan dicho apelativo (*Theotokos*) a la Sagrada Virgen"<sup>37</sup>.

Pero es preciso terminar para no exceder los límites de este artículo y no cansar al lector, y una buena manera podría ser una pequeña plegaria antigua, compuesta en el s.III, y que reza, rezando: "Bajo tu misericordia nos refugiamos, oh *Theotokos*, no desprecies nuestras súplicas en la necesidad, sino líbranos del peligro, la sola pura, la sola bendita"<sup>38</sup>. Amén.

Monasterio de Ntra. Sra. de los Angeles  
C.C. 34 - 7300-Azul (B)  
Argentina

Roberto PEÑA, ocsu

---

37 Ibid., Carta 8.

38 Antífona *Sub tuum praesidium*, s.III.